

JOSE BRUCKEN DE AUSTRIA

Por *Maña Kelley*

JOSE BRUCKEN se sentó a la sombra de un árbol y contempló los picos más altos de los Alpes austriacos que se levantaban al otro lado del valle. Algunos de ellos estaban aún cubiertos de nieve pero las laderas cercanas se veían tapizadas de verdor, adornado aquí y allá por manchones de vistosas flores alpinas.

"El verano es la mejor estación del año", se dijo José que en ese momento estaba tendido en el suelo, y levantaba las piernas, flexionando las rodillas para rascarse las cosquillas que le hacía la hierba en la parte de la pierna que no protegían los pantalones cortos de cuero. Luego, se echó sobre los ojos el sombrero de fieltro, adornado con una vistosa pluma, y se



acomodó para disfrutar de un corto descanso. El rebaño de cabras que pertenecía a su familia, y del cual estaba encargado, se había recostado para descansar,, y José tenía la esperanza de gozar también de unos minutos de asueto. A veces el trabajo de cuidar las cabras resultaba muy cansador, pero al fin del día, cuando se las llevaba al corral, y terminaban todos las tareas cotidianas, todos los vecinos, por kilómetros a la redonda, se reunían para cantar y contar historias. A José le encantaba oír las historias que a veces los hombres contaban de los valdenses y de los escondites que éstos tenían en las montañas. Al oír esas historias siempre pensaba en el salmo que había aprendido: "Alzaré mis ojos a los montes. ¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová".

Una sonrisa se dibujó en los labios del muchacho al pensar en el espectáculo que ofrecía esa reunión de vecinos cuando, al llegar el sol a su ocaso, una tras otra, las familias salían rumbo a sus hogares. Su familia solía quedarse fuera de la casa, observando las fluctuantes luces de las antorchas que los hombres llevaban para alumbrarse el camino por la montaña. Y una tras otra esas luces iban desapareciendo hasta que todo quedaba en la oscuridad. Y mientras observaban la dispersión de sus amigos podían oír sus voces que repercutían alegremente por el valle. En eso oían la voz de su propia madre que les decía: "¡Ahora, Uds., a la cama! Mañana hay que hacer queso y mantequilla y hay que moler trigo para el pan". Y José, y sus hermanos y hermanas subían por la escalera exterior de la casa y caminaban por la galería protegida por el ancho alero que resguardaba sus cuartos.

Pero José no se olvidaba nunca de llamar a Susik, su gran perro Labrador, el cual seguía a su amo escaleras arriba. La cama que José tenía en su cuarto estaba cubierta de plumones, y Susik hubiera querido compartirla. Pero José le decía amablemente: "¡Bájate! los muchachos duermen en camas y los perros en alfombras". Entonces Susik se acostaba en la suave alfombra que había al lado de la cama, estiraba las patas, apoyaba en ellas la cabeza, y luego miraba a su amo con ojos tan tristes que a éste le costaba resistir la tentación de invitarlo a compartir su mullida cama: pero sabía que su madre no aprobaría esa clase de corazonadas. Además José recordaba la noche en que había tratado de compartir su cama con su perro y cuando amaneció, el perro estaba entre los plumones y él en el suelo, en la alfombra que estaba al otro lado de la cama.

José tuvo a su cargo el cuidado de las cabras durante todo el verano y además ayudó a cultivar la huerta familiar. Los días eran largos y calurosos y después de un día de trabajo le gustaba zambullirse en el río que venía de la montaña, cuyas aguas heladas eran producto del deshielo de la nieve. Siempre que José se bañaba en el río le castañeteaban los dientes de frío, pero experimentaba una sensación muy

agradable cuando salía del agua y se vestía de nuevo con su ropa.

Por más que a José le gustara el verano, se sentía feliz cuando las hojas comenzaban a adquirir un tinte dorado y castaño rojizo, porque llegaba el otoño y sabía que nuevamente podía regresar a la escuela. La escuela estaba en el valle. José y sus hermanos iban caminando, y Susik siempre los acompañaba. Cuando llegaban, el perro se acostaba en los escalones de la escuela mientras los muchachos estaban en clases.

Con la llegada del invierno y de la nieve, los viajes a la escuela se hacían en esquíes y cada mañana representaba para ellos una nueva oportunidad para aprender a esquiar mejor. Aunque sus hermanos le llevaban varios años de ventaja, José podía esquiar casi tan bien como ellos.

Una mañana, mientras los muchachos se ataban las correas con que llevaban los libros a la espalda, y se sujetaban los esquíes. José los desafió:

-¡Les juego una carrera! Y les daré ventaja -añadió riendo, y esperó hasta que los muchachos salieron. Volviéndose luego a Susik, le ordenó:

-¡Quédate en casa hoy, Susik! -y para consolarlo le dio unas palmaditas en la cabeza y luego, ayudándose con los bastones de esquiar, salió, Pero Susik lo siguió.

-¡Anda a casa! ¡Hoy tienes que quedarte en casa! Mamá te necesitará para llevar a mi hermana en el trineo a casa de los Marinka esta tarde. La Sra. Marinka está enferma y mamá irá para ayudarla.

¡Quédate, Susik!

Susik dio unos aullidos de protesta, pero se quedó observando como su amo se alejaba por la cuesta arbolada. Los dos hermanos de José ya se habían perdido de vista.

José comenzó a ganar velocidad. El viento frío le hería las mejillas y detrás de él dejaba una estela de nieve pulverizada. Hacía frío.

-¡Ajá! -exclamó avanzando por entre los árboles-. ¡Allá van los muchachos! Tomaré un atajo por las cataratas y bajaré por ese declive.

El descenso por el camino de las cataratas era más corto pero más peligroso. En algunos lugares había barrancas escarpadas pero José las salvó hábilmente. ¡Cuán sorprendidos estarían sus hermanos cuando llegaran y lo encontraran en la puerta de la escuela! La escuela quedaba junto al río, a corta distancia del pie de las cataratas. José sonrió para sus adentros y dio una vuelta aguda hacia la izquierda.

Una masa de cerriones o carámbanos de hielo cubría las rocas donde habitualmente descendía la catarata. José se detuvo para admirar la belleza que se ofrecía a su vista; luego se volvió para iniciar el descenso de la empinada pendiente. De repente uno de sus esquíes se enganchó en una rama de árbol que estaba oculta. José había caído muchas veces antes, pero nunca como esa vez. La pierna se le quedó atrapada debajo de su propio cuerpo. Resbaló por una distancia de varios metros, hacia abajo, y luego se detuvo. Trató de incorporarse, pero no pudo mover la pierna.

-¿Qué haré? -pensó.

Miró a su alrededor. No estaba lejos de su casa, pero la pierna lastimada le impedía regresar. Sus hermanos ya habían descendido la ladera

de la montaña, y estaban lejos. Tenía frío. Los dientes le castañeteaban y los dedos se le entumecieron dentro de los guantes. José sabía que si quedaba allí por mucho tiempo, se congelaría.

-¡Socorro! -gritó.

-¡Socorro! -le respondió el eco de las montañas que estaban al otro lado del valle.

-Nadie me oirá.

Procuró ser valiente; pero cuando los copos de nieve comenzaron a descender del cielo, se dio cuenta de que pronto el rastro que habían dejado sus esquíes se borraría y nadie sabría que camino había tomado. José trató de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta y llamó de nuevo:

-¡Socorro! -no hubo respuesta, sino el eco. Pero, sí, había algo más. José quedó escuchando. Llamó de nuevo. ¡Sólo se volvió a escuchar el eco! Pero de pronto notó que algo se movía detrás de uno de los matorrales. Luego vio que un animal grande y lanudo dio un salto y corrió hacia él, haciéndolo caer de espaldas en la nieve.

- ¡Susik! -exclamó José-. ¡Susik! -repitió, echando los brazos al lanudo cuello del animal. Susik respondió con un aullido y luego comenzó a lamerle la cara. El calor que le impartió el perro reconfortó al muchacho.

-¡Anda y busca a papá, Susik! ¡Anda y busca a papá! -le ordenó José.

Susik aulló otra vez y frotó la cara de José con su hocico. Luego corrió un poco y regresó, dando así varias carreras de ida y vuelta, como si hubiera tratado de animar a José a que lo siguiera. Finalmente Susik dio un ladrido y salió corriendo por entre el matorral.

-A José le parecieron horas, pero en realidad no pasó mucho tiempo hasta que Susik regresó acompañado por el papá y otro hombre, quienes pusieron a José en un trineo y lo taparon bien con mantas. El padre de José arrastró el trineo hasta la casa y Susik trotó junto a José, quien se sentía feliz por haber sido bondadoso con su perro y haberle enseñado a obedecer. Susik le había salvado la vida. Como recompensa, esa noche Susik recibió una cena más abundante y una cama especial junto al hogar, al lado del catre donde durmió José.